



Á JOSÉ MARTÍ

La inspiración en tu cerebro ardía
Y el entusiasmo en tu valiente pecho,
El mundo bello, á tu ambición estrecho,
Triunfos, amor y dichas te ofrecía.

Mas viendo de tu patria la agonía,
Abandonaste del festín el lecho,
Y á defender su nombre y su derecho
Fuiste á la lid, sublime de osadía.

Pronto concluye de tu vida el drama,
En lucha heroica el español te hiere,
Y mueres en los brazos de la fama.

Y América, mostrándote, profiere:
¡Así, cubanos, á la patria se ama,
Y por la libertad así se muere!

Guadalajara, Septiembre 16 de 1895.

JOSE LOPEZ-PORTILLO Y ROJAS.

En Agosto de 94, y en el jardincillo de lo
que fué mucho tiempo redacción de *El
Partido Liberal*, Manuel Gutiérrez Nájera
me presentó á José Martí. Apenas han pasado
doce meses de entonces y ya no existen so-
bre la tierra ni Martí, ni el Duque, ni el jar-
dincillo aquél.....

Desaparecieron ya de entre los vivos aque-
llos dos soñadores, el uno profundamente es-
céptico y el otro creyente hasta dar la vida,
á fines de este siglo, por una causa que á los
burgueses egoístas parece absurda!

Pero si algún día, que quizás no esté muy
lejos, llega á ser libre la feraz y caliente pa-
tria de del Casal; no sólo los compatriotas de
Martí deberán ir al sepulcro de éste en pe-
regrinación piadosa, sino todos los escritores
de la América latina y todos los que deseen
para la humana especie, el mejoramiento
social.

México, Agosto de 1895.

ALBERTO LEDUC.

MURIO Martí! murmuran las palmeras,
¡Murió Martí! sollozan los guajiros,
¡Murió Martí! repiten en el bosque
Los ecos doloridos!.....

El turbión de la guerra,
En su furor impío,
Tronchó el árbol que, lleno de la savia
De Libertad, se levantaba erguido,
Derramando doquier su grato aroma
De Independencia, penetrante y vivo.
Árbol á cuya sombra,
La prisionera en su palacio mismo,
La cautiva del Yúmuri, la enferma
De ansia de Libertad, encontró alivio.

¡Llora, Hija del Mar, lloren las ondas
En que bañas tu pie, lloren tus ríos,
Y el cafetal, cuando la triste nueva
Lleve el viento, desátese en gemidos,
Y semeje el rumor de tus hamacas
De un pecho inconsolable los suspiros!
¡Llora, Hija del Mar, porque la sombra
Te ha robado al más noble de tus hijos!

Mientras, la frente olímpica ceñida
De coronas de gloria y de martirio,
Allá va, noble orgullo rebotando,
El inmortal caudillo!
Allá va, retirándose del mundo
Sin temor al olvido,
Para ocupar, en la morada eterna
De los que nacen al morir, un sitio!

Y en tanto que murmuran las palmeras,
Y en tanto que sollozan los guajiros
«¡Murió Martí!»..... ¡Martí! van repitiendo
En la selva los ecos doloridos.

México—1895.

BARTOLOME CARBAJAL Y ROSAS.

No ocultará por siempre á nuestra vista
Tu cuerpo sacro el arenal nativo,
¡Ay! sin que mi lamento fugitivo
Diga el dolor que al corazón contrista.

De una patria empeñado en la conquista
Por tu noble ideal luchaste altivo:
¡Quién pudiera volvernós redivivo
Al gran poeta, al soberano artista!

En la lira de América pondrémos
Tu cadáver, así lo llevarémos
En nuestros propios hombros á la Historia:

En la paz de tu noche funeraria
Acaso, como lámpara de gloria,
Brille un día tu estrella solitaria!

JUSTO SIERRA.

Le conocí; nutrí mi espíritu con su verbo ra-
diante y oyendo hablar al patriota, creí
en la libertad. Fué en la Fundición Artística
y hacían coro á su palabra la crepitación del
horno y el silbo del bronce fundido: germen
olímpico que incubaba dioses.....

Hoy que el patriota ha muerto, mi recuer-
do se posa sobre su tumba, como las cigüeñas
heráldicas sobre los cornizonos de gloriosos
castillos medio-evales.

AMADO NERVO.

MURIÓ cual lo soñaba su ardimiento:
«Cuba libre» diciendo por plegaria,
Y empapando en su sangre el campamento
Al fulgor de la estrella solitaria.

Murió en su puesto; fija la mirada
En el severo juicio de la Historia
Y bañando su frente inmaculada
En la luz del martirio y de la gloria.

Una corona, un lauro y una palma
Dará su causa al adalid bravío,
Yo le mando las flores de mi alma
Al que llamé en la tierra hermano mío.

Su genio, su palabra redentora,
Su esfuerzo heroico, su temprana muerte,
En su sepulcro encienden una aurora,
Que deslumbra al más grande y al más fuerte.

Duerma en paz el tribuno y el guerrero;
Amó cual propio al pueblo mexicano,
Y hoy este pueblo, con amor sincero,
Canta al batallador, llora al hermano.

JUAN DE DIOS PEZA.

TROVADOR y adalid, preclaro y fuerte,
Poema, luz, amor, encina y rosa:
Si ama á su patria quien te dió la muerte
Su frente inclinará cabe tu fosa.

EDUARDO E. ZÁRATE.

SER astro, arder, y difundiendo asombros
encumbrarse á la cima y ser bandera;
tal hiciste Martí

Sobre tus hombros
se alzó la Patria y luego en los escombros
de tu idea iumortal, por la ladera
rodaste como alúd; pero en la tumba
en que yaces ¡oh mártir! alta espera
la Libertad, mientras el viento zumba
de la empeñada lid.

La gloria un día
que épicas liras con su soplo templa
dirá al alzarte en blanca Epifanía:
¡Oh Cuba libre, al paladín contempla!

MANUEL LARRAÑAGA PORTUGAL.

JOSÉ MARTÍ, no temas por tu gloria. Espa-
ña es nuestra madre, y para toda madre,
un hijo, aunque rebelde, es siempre un hijo.
¿Qué hay más grande ni más noble que el co-
razón materno?..... Día vendrá en que manos
españolas deshojen flores sobre tu sepulcro,
como las deshojan aquí, generosamente, so-
bre los de Hidalgo y de Morelos ¡No temas
por tu gloria, José Martí!

MANUEL CABALLERO.

RESURRECCION

Traducción libre de un Soneto de Clovis Hugues.

CORREN los días con premura de onda;
ni de la imagen de la infancia leda
—avecilla en el aire— rastro queda.....
¡Tanto el aire es fugaz, el agua es honda!

Calvo cráneo sucede á frente blonda;
pronto risas de Abril, Diciembre veda,
¡Ruinas doquier! Todo á la boca aceda
del gusano se ofrece, flor ó fronda.

Mas si, cercanos á la tumba fría,
del recuerdo el volumen hojeando,
de ayer á la alegría renacimos,

¿Cómo creer que, eterna cual sombría,
cuerpo y alma la Muerte hiera, cuando
así, aun envejeciendo, revivimos?

C. DEL COLLADO. (1)

LOS PARIAS

Allá en el claro, cerca del monte,
Bajo una higuera como un dosel,
Hubo una choza donde habitaba
Una familia que ya no es.
El padre, muerto, la madre, muerta:
Los cuatro niños, muertos también;
Él de fatiga, élla de angustia;
Éllos de frío, de hambre y de sed!

Ha mucho tiempo que fuí al bohío
Y me parece que ha sido ayer,
¡Desventurados! allí sufrían
Ansia sin tregua, tortura cruel.
¡Y en vano, alzando los turbios ojos
Te preguntaban, Señor, por qué,
Y recurrían á tu alta gracia,
Dispensadora de todo bien!

¡Oh Dios! las gentes sencillas rinden
Culto á tu nombre y á tu poder,
A tí demandan favor los pobres;
A tí los tristes piden merced;

(1) Socio de número de la Academia Mexicana, correspondiente de la Real Española de la lengua, y miembro de diversas sociedades literarias, mexicanas y extranjeras. (N. del E.)

Mas como el ruego resulta inútil,
Pienso que un día—pronto tal vez—
¡No habrá miserias que se arrodillen,
No habrá dolores que tengan fe!

Rota la brida, tenaz la fusta,
Libre el espacio ¿qué hará el corcel?
La inopia vive sin un halago,
Sin un consuelo, sin un placer:
Sobre los fangos y los abrojos
En que revuelca su desnudez,
Cría querubenes para el presidio
¡Y serafines para el burdell!

El proletario levanta el muro,
Practica el túnel, mueve el taller,
Cultiva el campo, calienta el horno,
Paga el tributo, carga el broquel;
Y en la batalla, sangriento y grande,
Blandiendo el hierro por patria ó rey,
Enseña al prócer con noble orgullo
¡Cómo se cumple con el deber!

Mas ¡ay! ¿qué logra con su heroísmo?
¿Cuál es su premio? ¿Cuál su laurel?
El desdichado recoge ortigas
Y apura el cáliz hasta la hez.
Leproso, mustio, deforme, airado,
Soporta apenas tan dura ley,
Y cuando pasa sin ver el cielo,
La tierra tiembla bajo sus pies!

(Cop.)

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

AZAHARES

EN el cielo sonrosado
Con el tinte de la tarde,
Tiembla solitario Vésper
Como pulido diamante.
Desgrana sus notas áureas,
Entres las frondas un ave,
Y del naranjo florido
Bajo el verdoso follaje,
La niña de ojos azules
Coge blancos azahares.

(Córdoba. 1895.)

S. DUBOIS.



UN AMOR.

EN año antes de que asomara en Dolores la alborada de la Independencia, se encendía en otra de las poblaciones de la Intendencia de Guanajuato la lumbrera de un nuevo hogar. Los timbres de una clara progenie, las galas de la juventud, los encantos de la hermosura, los deslumbrantes arreos de la riqueza, fueron como otras tantas valiosas ofrendas que los desposados, Don Mariano Abasolo y Doña Manuela Rojas Taboada, pudieron depositar ante las aras del sonriente dios que coronado de rosas y envuelto en blanco velo recamado de flores, sostiene entre su diestra, como fulgurante estrella, la flamígera antorcha.

Abasolo, qué, como Don Ignacio Allende y Don Juan Aldama, era Capitán del Regimiento de Dragones de la Reina, estaba también ligado con ellos por solemnes y sagrados compromisos contraídos en las reuniones de aquella Academia literaria de Querétaro, en el seno de la cual el Padre Hidalgo había venido preparando trabajosamente desde... 1808, la obra magna de la libertad de un pueblo. Proclamada ésta en 1810, la esposa del primero de esos oficiales, espantado ante los peligros de tan temeraria empresa, se empeñó en apartar de ella á su marido; pero agotados en vano sus esfuerzos, preocupaciones arraigadas en la conciencia, vínculos de familia, tibio calor de la perfumada alcoba, todo lo despreció, lo olvidó y lo abandonó, para seguir por donde quiera, al hombre con cuya existencia había identificado la suya para siempre. Así fué como pudo asistir á la lúgubre escena llevada á cabo en Acatita de Baján, por la traición en vil consorcio con la tiranía.

Tan luego como los prisioneros del odioso

Elizondo quedaron sometidos en Chihuahua al implacable tribunal cuyo terrible fallo no debía retardarse mucho tiempo y era bien conocido de antemano, la Sra. Rojas de Abasolo, desatando el raudal de sus lamentos y de sus lágrimas, pudo primero obtener de las autoridades españolas la promesa de que una vez pronunciada esa sentencia se suspendería su ejecución en cuanto al mismo Abasolo, mientras ella no agotara todos los recursos de que pudiera disponer para salvar la vida de su esposo, y revistiéndose después de una energía superior á su edad, á su sexo y á la delicadeza de sus hábitos, atravesando por dos veces la vasta extensión del virreinato, recorrió ya en un carro, ya sobre un asno, ya á pie, cerca de setecientas leguas; forzando la consigna de los centinelas, se introdujo en los campamentos para ir á arrojar á las plantas del sanguinario Calleja, desdeñando las burlas de los lacayos y arrollando la ultrajante resistencia de los cortesanos llegó hasta arrodillarse ante el ridículo Venegas, y sufrió y suplicó y lloró tanto, que al fin logró alcanzar que la pena de muerte á que había sido condenado el joven insurgente, le fuera conmutada, trueque triste y amargo que no valió seguramente ni el sacrificio que aquél hizo de su entereza ni los que para salvarlo consumió la tierna y abnegada mujer que llevaba su nombre, por la prisión perpetua que iría á extinguir á España, debiendo ser confiscados sus bienes y *afrentados sus hijos*.....

Conducido Abasolo á Veracruz, su esposa, que para reunirse ahí con él no había vacilado en implorar la caridad por el camino, se presentó al Capitán del buque que debía recibir al prisionero, ofreciéndole en pago de su pasaje un pequeño cofre donde guardaba unas alhajas, únicos restos que había podido conservar, de su desvanecida fortuna. Con-

movido el Capitán, la admitió á bordo; pero al desembarcar en Cádiz, el reo fué encerrado en una fortaleza, y entonces, aquella sublime mártir del amor, sola, desamparada en una ciudad desconocida, desfalleciendo de hambre, transida de frío, aterrada al verse envuelta entre las sombras de la noche, fué á pegar sobre las húmedas paredes de la prisión sus brazos y su rostro más helados todavía que ellas, exclamando, tal vez, como las pálidas vírgenes de Sion inclinadas sobre el muro del llanto, de los hebreos: «¿Cuánto tiempo aún, Señor?..... ¿Cuánto tiempo?..... Compadecidos los carceleros ¡compadeciéranse los piedras! ante tan inmensa pasión y ante infortunio tanto, abrieron las puertas de la prisión á aquella desgraciada. Cinco años permaneció junto á su bien amado, sumergida con él en infecto calabozo, privada, como él, de la luz y del aire vivificante de la libertad. Al cabo de esos cinco años los separó la única que hubiera podido separarlos: la muerte.... Murió Abasolo, y su viuda, después de darle piadosa sepultura en extranjero suelo, volvió al que la había visto nacer, trayendo sobre su rostro la lividez impresa de indeleble manera, como en el de la viuda de Traseas, pero sin traer como la de Germánico, el triste consuelo de apretar contra su corazón las cenizas del que había sido la única concentración de sus púdicos amores.

* *

El mas galano acaso de nuestros escritores contemporáneos, Don Ignacio Ramírez, dice, refiriéndose á la Sra. Doña Josefa Ortiz de Domínguez: «¡Qué ánimo tan esforzado se necesitaba entonces, entre los dijes del tocador y las devociones del oratorio y las preocupaciones de raza y el orgullo de una clase distinguida, para comprender el amor á los esclavos, para transportarse á la esfera de la democracia, para desoír los anatemas de la Iglesia, para desdeñar los insultos de parientes y amigos, para estrechar entre sus brazos cubiertos de gasas, al ensangrentado pueblo, y para sacrificar marido, hijos, hermosura, riqueza, todo, por dirigir desde las rejas de una prisión, el primer saludo á la patria!..... Doña Manuela Rojas Taboada todo lo sacrificó también: juventud, linaje, hermosura, riquezas, creencias; todo, como ánfora henchida de diamantes y de perlas, lo volcó ante las gradas del templo de su amor y fué por el amor como pudo asociar su nombre á la causa de la reivindicación de un pueblo escarnecido y vejado por los aperreadores y herradores de esclavos, que implantaron la conquista y por los bandidos, incendiarios y asesinos que trataron de sofocar la Independencia, así

como por haber amado mucho también pudo igualmente identificar el suyo con la causa de la regeneración de la humanidad, aquella otra mujer que envolvió con sus besos, con sus lágrimas y con el áureo manto de sus rubios cabellos, los pies del Crucificado de cuyos labios, como lampo de luz rielando sobre el oscuro fondo de la antigüedad; brotaron como un iris de paz, estas palabras: «Amaos los unos á los otros.»

EDUARDO E. ZÁRATE. (1)



VESPERTINA

* *

Los tardos bueyes de paciente paso,
Rompen las glebas de la mata inculta,
Con el arado corvo. En el Ocaso,
Trémulo el sol su resplandor sepulta.

* *

El céfiro retoza en la pradera,
Besando al lirio que de amor ondula,
Y la cigarra tímida y parlera
Su monótono cántico modula.....

* *

Y mientras con fulgente pedrería
La tarde brilla, con sus luces bellas
Muere entre nubes de topacio el día
Y en el Oriente asoman las estrellas.....

* *

¡Oh calma de los bosques donde anida
La paloma torcaz de suave canto!
Al tierno pecho tu quietud convida
A soñar bajo un cielo de amaranto.

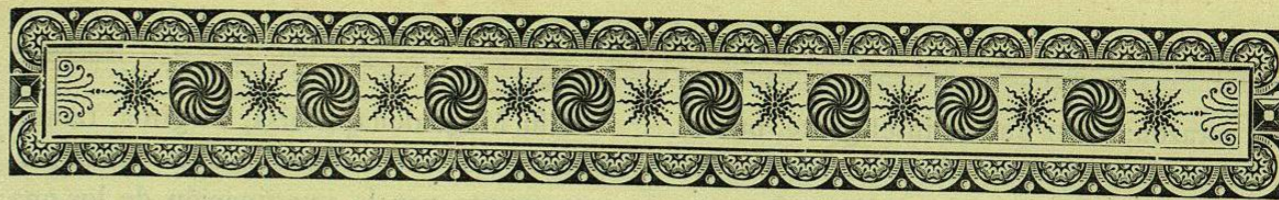
* *

Ven, dulce amigo; huye la tristeza
En el prado feraz de ninfas lleno:
La calma te dará Naturaleza
En su tranquilo y amoroso seno. †

Córdoba—1895.

A. CARRAL.

(1) Catedrático de Historia de México en la Escuela Normal para profesores, de la ciudad de México.—(N. del E.)



LA ÚLTIMA PÁGINA



ACABO de doblar la última página de un libro encantador y absurdo; sí, absurdo para mí. La última hoja de un libro es como el último adiós, la última palabra, la última mirada de la mujer que hemos amado; cuando se cierra un libro, es como cuando se cierra un ataúd: ¡perdemos algo!

Las páginas que hoy me han hecho soñar algunas horas, son un estudio psicológico de la amistad. Luis, mozo de gran corazón y clara inteligencia, conoce, á los veinte años, á dos jóvenes nobles y ricas, dos primas, dos beldades. Eugenia llega á ser su amada y Julia su amiga. Era en un bosque: la tarde moría. La luna plateaba por un lado las hojas que las sombras bronceaban por el otro, y que al agitarse remedaban el leve rumor del vuelo de un ave. El sendero, demasiado ancho para una sola persona, era cómodo para dos que querían hablarse sin testigos; un vapor túbio se exhalaba de la tierra y se mezclaba á la frescura de la tarde. Respirábase un ambiente embriagador. La naturaleza produce á veces, en el alma, el mismo efecto que el vino en el cuerpo. Era una de esas noches en que parecía natural ver á una ninfa cruzar la selva y esconderse en la espesura al sentir pasos extraños.

Julia se detuvo de repente, fijó sus ojos en Luis, y le dijo:

—¿Creis que es posible la amistad entre un hombre y una mujer?

—Estoy seguro—respondió él—de que se puede querer á una mujer, sin que ese cariño pueda llamarse amor.

He ahí el tema de la novela, y lo que, quien la escribió, se propone demostrar en doscientas páginas tan hermosas como inverosímiles. No se trata de ese sentimiento natural de simpatía, de esa atracción franca, confiada, que nos permite estrechar la mano de una mujer, sin pensar en que es mujer; no se trata de ese cambio superficial de formalidades sociales que establece la costumbre de llamar amigo á quien no nos es del todo desconocido. Se trata de ese sentimiento profundo, intenso, que mantiene en continuo contacto y en comunicación constante á dos seres; que les hace confiarse mutuamente aquellos secretos íntimos que sólo se confían á Dios. ¿Es posible que esa amistad, idealizada así, pueda existir siempre pura, siempre desinteresada y siempre tranquila entre un hombre y una mujer?

¡Oh! los que esto sostengan no tienen corazón, ni han sentido ese fuego voraz que arde en el pecho, martirizándolo como aquella vestidura mitológica abrasaba, con inextinguibles ardores, las entrañas del que con ella se cubría! Creo que puede haber amistad entre un hombre y una mujer; pero creo también, como Saint-Beuve, que esa amistad es necesariamente, «el prefacio del amor.» El inmenso vacío y el anhelo inmenso de un corazón lleno de savia, no los colma la amistad.

Admirar y querer á una mujer; repetir su nombre en la noche y en la aurora; iluminar, con su recuerdo, las horas de sombra; poblar con su imagen la soledad del pensamiento y